influye de una manera muy notable en las costumbres de los naturales, los que por la educación de sus antepasados, siempre veían con cierta indiferencia todas las cosas de utilidad práctica material, inclinados como son por naturaleza á lo sentimental y elevado.

En la clase pobre, ó sea aquellos que no tienen nada, pueden considerarse cuatro grupos: el primero lo forman aquellos que se dedican al servicio doméstico, y que por su roce constante con personas más ó menos educadas, tienen una idea de lo que es el mejoramiento de condición; el segundo, los que se dedican á trabajos manuales en los talleres de las poblaciones, y también los que trasladándose de un punto á otro, van siempre en busca de trabajo en los ferrocarriles y grandes empresas; todos éstos conocen ya el valor de su trabajo, y tratan en lo que está á su alcance de hacerlo valer cada día más; al tercero pertenecen los indígenas que dedicándose á trabajos agrícolas, han vivido sin tener contacto alguno con nadie y aislados en los campos y las montañas. Por lo general, los de este grupo que viven á alguna distancia de los poblaciones, hablan poco ó nada el castellano; finalmente, el último grupo, formado por el despojo, lo que nada vale de la sociedad, son los *criados* de los *sirvientes*, los mendigos, y algunos malhechores que no tienen mejor idea del bien que del mal.

Aunque todos los individuos de esta clase en algunos detalles podrían confundirse los unos con los otros, sin embargo, se les puede conocer y distinguir entre sí al primer golpe de vista. En las ciudades, los individuos de ambos sexos que se dedican al servicio, entre los hombres, han dejado ya el calzón de lienzo, la especie de camisa con que se cubrían el pecho, y el sombrero jarano de paja, y visten por lo común pantalón á la europea, ó con botones parecido al de charro, chaleco y chaqueta, el sombrero jarano ó no, pero de fieltro más ó menos fino, y calzan con bastante cuidado su pequeño pie. En las mujeres de este grupo se observa el mismo cambio; van calzadas algunas con

escrupulosidad, usan sayas lisas, chambra, y cúbrense con una especie de chal que llaman *rebozo;* hablan siempre el castellano muy adulterado de provincialismos, pero tratan de educarse, elevarse y ganar más. Hoy, los padres procuran que sus hijos vayan á las escuelas públicas, y á su manera hacen sacrificios para la educación de ellos; tienen poca idea de la moral, pero tratan de obtenerla y conservarla, y aspiran directamente á mejorar su condición con el aumento de su salario.

El segundo grupo y en especial la parte de él que trabaja en los talleres de las poblaciones, tiene mucho de analogía con los individuos del primero, en vestir y en pretensiones; pero abrigan ideas más prácticas que aquellos y no son tan sumisos, pues tratan siempre de conocer lo que está á su alcance respecto de los derechos del hombre. Educan á sus hijos en las escuelas públicas, y luego los dedican á un trabajo igual ó análogo al de sus padres. La segunda parte de este grupo, ó sea los que se han dedicado á los trabajos de los ferrocarriles y minas, visten con el traje peculiar á los de su clase, calzón, camisa y sombrero jarano de paja; rara vez usan zapatos. En las familias la mujer se aproxima algo más á la de la clase de sirvientes y trata de ensalzarse y florecer; pero el hombre no tiene otra idea que la del trabajo, que trata constantemente contratarlo al que mejor le paga. Las gentes que componen el grupo que nos ocupa, no tienen idea alguna de moral, y abusan con frecuencia del *pulque*, bebida usada por los naturales del país, que la extraen del agave ó *maguey*. Como en los otros grupos de su clase, para ellos no existe la economía doméstica y viven mejor ó peor, según el salario que ganan, que con frecuencia gastan el mismo día que cobran la semana ó quincena.

El tercer grupo, los indígenas que se dedican á trabajos agrícolas en los campos, los hombres como las mujeres usan el traje característico de su clase; ellos, el calzón, la camisa y el sombrero; ellas, la camisa y

una pieza de paño rodeada en forma de pañal y sujeta á la cintura, siendo este el traje más común aunque varía en algunos estados. Estas gentes trabajan en los campos y son sobrios y morales á su modo, no habiendo pasado nunca por su imaginación que las personas tienen deber de ilustrarse, hasta que el Estado los ha obligado á enviar los menores á las escuelas. En sus cabañas no existen otros efectos que dos ó tres vasijas de barro, la piedra sobre que muelen y amasan la harina de maíz para hacer las tortillas, unas piedras que indican donde encienden el fuego, y algunas mantas.

Los del último grupo que no conocen lo que son los lazos de familia ni los sociales, viven sin darse cuenta ni tener conciencia de lo que son; su sólo móvil es satisfacer sus deseos, especialmente en beber pulque que casi puede decirse es su único alimento. Únicamente mejoran de condición cuando por alguna falta para corregirlos los hacen soldados, los obligan á instruirse y limpiarse, y no pudiendo abusar de las bebidas, á la vez que tienen que hacer una vida civilizada, terminan por tener aspiraciones, no siendo raro que entre ellos salgan personas de provecho.

Hemos visto á grandes rasgos los elementos de que se compone la sociedad mexicana, y sólo nos resta hacer notar que actualmente, como la enseñanza es obligatoria en todos los estados de la República, se está formando, y casi puede notarse ya la existencia de la *clase media*, compuesta del elemento enérgico de todas las clases sociales, elemento que no tiene otro guía que las ideas modernas del progreso social; y libre en absoluto de preocupaciones religiosas, de casta y posición, avanza arrollando las costumbres viejas y carcomidas, y no tardará en regenerar la sociedad, refundiéndola en una nueva que sea el orgullo de la raza española y la base de la felicidad presente y futura de México.

Por regla general, los mexicanos son de menor estatura que los europeos, no faltando individuos altos,

bien formados, robustos y fuertes; esta última propiedad parece ser común á todos, observándose con frecuencia, en especial entre los indígenas que acarréan enormes pesos sobre la parte alta de la espalda y la cabeza. Los campesinos, indígenas puros, ponen sobre las espaldas y sujetas á la cabeza, cargas que una mula no puede llevar, y se marchan á los mercados, á veces á distancias de 30, 40 y más kilómetros, hacen la jornada en pocas horas y nunca dan señales de la menor fatiga. Rara vez van solos, sino en grupos marchando un individuo tras de otro, sin hablar ni entretenerse, andando largas distancias casi en el mismo tiempo que lo puede hacer un caballo. Las mujeres comparten toda clase de faenas con los hombres y son tan sufridas como ellos.

En todas las clases sociales, las mujeres tienen casi la misma estatura que los hombres, y cuando se hallan entre los quince y treinta años, es muy común verlas delgadas y endebles; pero más tarde, después de haber tomado estado, engruesan, y á la vez que ganan en vigor, adquieren cierto aire de hermosura y respetabilidad que las agracia sobremanera. En casa y en la calle ó paseo, se las ve siempre moverse con lentitud, y en sus maneras predomina la mayor dulzura y amabilidad. Los hombres también se caracterizan por la finura y moderación de sus maneras, y su buena predisposición hacia los extranjeros, mucho más desde que terminadas, para quizás nunca volver, las contiendas civiles, ven que para el desenvolvimiento y rápido progreso de su país, necesitan una numerosa inmigración que coopere con ellos á sacar del suelo las inmensas riquezas que atesora.

Rara vez se lee ó consulta una obra cuyo objeto principal sea México, sin que se vean anotados como los caracteres más notables de sus habitantes: la falta de espíritu de empresa, el ser en extremo indolentes, y una gran indiferencia por todo lo que les rodea; información que hoy va perdiendo su base y que fué originada por todos los hechos que se podían cotejar

y comparar en consulta. Es cierto que la mayor parte de las obras en que vemos estas aseveraciones, fueron escritas en tiempo en que la observación podía ser mal dirigida en vista de lo que demostraban los hechos. Antes de terminar las contiendas civiles, cuando casi se puede decir que existía en México la anarquía, cuando las instituciones sociales ofrecían todo menos la seguridad individual, y la propiedad no era respetada, hubiérase tenido por loco de atar al capitalista que invirtiera el dinero en fomentar empresas cuya terminación no podía preverse, y cuyo resultado tenía que necesariamente ser desastroso. Entonces, el que tenía fortuna, en vez de regarla en negocios, trataba constantemente de recogerla y encerrarla, y sólo sácaba lo que era menester para cubrir las necesidades del día. Hoy, basta con conocer, sin elegir, á varios individuos de los naturales que tienen fortuna, y el que no es accionista de minas, lo es de empresas ferrocarrileras, agrícolas, ó industriales; las propiedades urbana y raíz que hace veinte años nunca se ponían en venta sino por la ruina ó decadencia de los propietarios, ahora se venden y permutan constantemente una parte considerable de ellas, sólo por especulación y conveniencia.

La diferencia entre los mexicanos de entonces y los de hoy no podría hallarse, puesto que son los mismos individuos; pero sí encontramos una diferencia notabilísima en el orden de cosas: á la vacilación é inseguridad en los gobiernos, las ha sustituido la estabilidad más absoluta; las guerras civiles y el desconcierto social más lastimoso, han venido á ser repuestos por la paz y la armonía en todas las clases sociales; la falta de respeto á las personas y á las propiedades, ha cambiado por el afianzamiento de los dereehos del hombre, y finalmente, México que por los desaciertos de sus gobernantes ó por las consecuencias naturales de la guerra, estaba siempre en disputa y con reclamaciones sin cuento que procedían de todas las naciones, goza hoy de la amistad y buen deseo de todos

los que por su comercio ó por su política están en relaciones con ella.

Si comparamos las circunstancias de entonces y las actuales, y nos ponemos en el caso de aquellos de quienes se ha dicho que carecían de espíritu de empresa, difícilmente podremos dejar de admitir que la conducta que observaron, era la que representaba el buen sentido común. Respecto de la indolencia, los mismos hechos que acabamos de aducir nos sirven de base para rechazar tal aseveración. Por muchos años, tres-cuartas partes de los mexicanos eran soldados que obedecían y luchaban por tantas ideas diferentes como jefes eran los que mandaban; todos tenían que comer y vestirse, y no podían encontrarlo de otro modo que imponiendo grandes contribuciones á los que tenían de donde sacar; y finalmente, partidas de bandoleros y asesinos, unos declarados libremente, otros perteneciendo hoy á un partido y mañana al otro, según les convenía, tenían el país sumido en el caos y la ruina y el terror más espantosos. En tales circunstancias nadie quiere trabajar, nadie pretende hacer trabajo físico ó mental para ser blanco de exacciones, y que los otros gocen del fruto de sus fatigas y privaciones.

Tenemos á la vista la autorizada opinión de los más notables constructores de ferrocarrilles en México, hombres que han empleado miles de trabajadores mexicanos en todas las posiciones que requieren esa clase de empresas, y no obstante ser extranjeros, todos están de acuerdo en que el trabajador del país es muy laborioso y sufrido, resiste con admirable paciencia toda clase de privaciones, es cuidadoso y atento, y una vez que ha comprendido lo que de él se espera, trata siempre de mejorar su trabajo.

La indiferencia que se dice tienen por todo los que les rodea, no existe, porque es ajena á la manera de ser de los pueblos de la raza á que pertenecen; y lo que en los mexicanos puede interpretarse por indiferencia, no es sino prudencia, resultado del despotismo que

sufrieron de parte de sus gobernantes hasta la independencia, y de parte de los revolucionarios, hasta que llegaron á tomar un carácter estable todas las cosas, lo que no comenzó á notarse sino hace unos veinte años, y apenas si es la mitad el tiempo en que comenzó la consolidación del orden social en aquel país. El que en cualquier caso ó circunstancia daba su opinión franca sobre tal ó cual asunto, encontraba un enemigo en el que le escuchaba, y se veía rodeado de compromisos, y aún expuesto á perder su vida. La consecuencia fué que cuando daban una opinión, era sin excepción la que agradaba á aquel que la escuchaba, si el interrogado sabía la manera de causar placer; en el caso contrario, se hacía el indiferente y contestaba con evasivas.

La sociedad de México, según vemos, comenzó su evolución progresiva en los últimos años con el apoyo de las clases ilustradas que siguen la marcha de ella; pero de acuerdo con lo que antes dijimos, la mayor parte de los habitantes indígenas está ahora principiando á instruirse, y debe esperarse que avancen en el progreso con los que fueron instruidos ya hace mucho tiempo. Sin embargo, el cambio que se nota á primera vista es tal, que puede tomarse como modelo en el proceso de desenvolvimiento de los pueblos.

Una de las cosas que más llaman la atención al extranjero, es la expresión de tristeza que se ve en la mirada de los indígenas, de quienes es uno de los rasgos más característicos; como también el don imitativo que tienen para hacer todo lo que ven, en especial para los trabajos mecánicos de todas clases, y mucho más cuando son de poco tamaño y exigen gran curiosidad. Son muy aficionados á los trabajos en cerámica y alfarería, reproduciendo en barro toda clase de objetos, y aún la fisonomía y expresión del hombre, llegando algunos indígen de Guadalajara, á hacer bustos que en América ó Europa, sólo podrían esperarse de manos de verdaderos artistas. Los trabajos

hechos con plumas y cera, son con frecuencia maravillosos, así como otros muchos que pudieran mencionarse.

Los mexicanos tienen el don de ser artistas, y desde el valle de Anahuac, partiendo en cualquier dirección, encontramos músicos, que sin tener idea de lo que es el arte, lo practican de una manera encantadora; ya sea con el uso de instrumentos musicales perfeccionados, ya con los usados por los indios desde siglos, quizá antes de la conquista.

Como complemento á las noticias generales que acabamos de dar sobre México, creemos oportuno decir algo del estado en que se encuentra la seguridad personal. No obstante el crecido número de habitantes á quienes no han llegado á reformar las ideas modernas, se goza en todo el país de la seguridad personal que pudiera desearse; y la criminalidad en México, desde que se ha consolidado la paz, no es mayor que la presentada por las estadísticas de los países más civilizados, habiendo disminuido simultáneamente con el desarrollo de las grandes empresas que proporcionan trabajo á las clases menesterosas. En las cárceles públicas, el número de detenidos por asesinatos y heridas es muy poco por cien mil de habitantes, y casi sin excepción han tenido origen por la intemperancia en las bebidas alcohólicas. En esta clase de crímenes, la región productora de *pulque* es la que presenta mayor cifra, lo que puede atribuirse á la abundante producción de esa bebida, á ser más numerosa la población, y al contingente de malhechores que se reune en las regiones densamente pobladas. Los asesinatos y heridas por robo son muy raros en toda la República, y algunos estados han abolido la pena capital por creerla innecesaria. Las cuadrillas de salteadores de caminos, de que tanto se habla en los libros que tratan de México, son ya un cuento del pasado; y el país entero puede recorrerse sin temor de hallar un contratiempo con más probabilidad

que en los Estados Unidos, Francia ó Inglaterra. Entre los indígenas es frecuente encontrar que roben al viajero fruslerías que la mayor parte de las veces carecen en absoluto de valor; y esta costumbre perniciosa, consecuencia de la ignorancia, está desapareciendo con la educación que reciben, y por los severos castigos que les imponen, los que, sin excepción, no están justificados por la importancia del hecho, aunque siempre lo son por el principio que se combate.

CAPITULO II

DESARROLLO INTELECTUAL

Estado actual de la enseñanza—El Estado y la educación del pueblo—Instituciones de primera enseñanza—Medios empleados para la educación de la niñez—Sistemas de enseñanza empleados en los diferentes Estados—Personal de ambos sexos que concurre á las escuelas—Presupuesto para el sostén de las mismas—Cuota per Cápita destinada á la enseñanza primaria—Instituciones de enseñanza superior—Su Régimen y organización—Ciencias que se cultivan—Medios de sostenimiento—Enseñanza profesional—Bellas artes—Arqueología—Museos—Bibliotecas—Otras instituciones de educación, Enseñanza y Recreo—Prensa periódica, Política, Científica y Literaria—Comparación del Estado intelectual de México en la actualidad con el de la década anterior.

Sería difícil si no imposible formarse una exacta idea del estado actual de la educación en México, y de su desarrollo, sin que se conocieran por lo menos á grandes rasgos las circunstancias por que ha atravesado y los hechos que la han traido. Cuando los conquistadores hubieron tomado asiento en el país, la primera idea de las asociaciones religiosas que fueron con ellos, fué la de educar á los indígenas, para que pudieran comprender y apreciar en parte las ventajas de la religión que iban á predicar, y las que proporcionan las costumbres de las gentes civilizadas. Guiados por tan laudable fin, no ahorraron sacrificio alguno de su parte, y el resultado era altamente satisfactorio, pues los indios, inteligentes como son, avanzaban de una manera prodigiosa, dados los medios con que disponían para impartirles la educación.

No duró por mucho tiempo aquel estado de cosas, y los hombres que se hallaban dirigiendo el país,